

—¿Es joven?

—¡Un capullo de rosa! Dieciocho años.

—¿Qué es lo que hace?

—Trabaja con encarnizamiento: pero es tentar un imposible. Tres personas que sostener, sin contar un niño de una amiga enferma.

—¿Entonces, será la gran conquista?

—A decir verdad, tengo gran confianza.

—Hombre feliz, todo os sale bien.

—¡A fe mía, es verdad! no tengo de que quejarme de mi suerte, nací bajo una buena estrella!

El cupé se había parado en la calle Vaneau, delante de la puerta accesoria de un jardín.

—¡Qué buenas noches hemos pasado ahí!— dijo el barón.

—¡Y esta será la mejor!

—Me sorprendería—pensó Saint Aubin, con una sonrisa extraña.

Y luego añadió con voz alta.

—¿No iréis al círculo?

—No. Creo que tendré otra cosa mejor de que ocuparme.

—¡Buenas tardes, pues!

El marqués de Caylus se apeó del coche.

El barón le vió meter la llave en la cerradura.

La puerta se abrió.

Raimundo saludó ligeramente á su amigo y desapareció.

El barón dió una orden á su cochero.

El caballo se puso en marcha, y solo en un rincón, con la cara convulsa, biliosa, pensaba Saint-Aubin:

—¡Mala suerte! ¡En el momento en que iba á verla, á insistir, á triunfar!... ¡Ha vuelto de

Niza dos días antes de lo que pensaba! ¡Tanto peor para él!

Desde su cupé, parado á pocos pasos del kiosko, había visto al marqués en conversación con Aurora, había observado y comprendido todo lo que pasaba.

Evidentemente, para que él tuviese necesidad de suplicarla tanto tiempo, era que ella dudaba entre él y Caylus.

En todos los casos, era un nuevo obstáculo que se levantaba ante él, más peligroso que los otros.

Y él no quería.

¡Suprimido aquél, el campo estaba libre!

Había entrado en un mal camino; pero la puesta era bastante tentadora para que le fuese posible retroceder.

IV

Debilidades del corazón.

Cuando, por fin, el marqués de Caylus hubo abandonado el kiosko, Aurora se sentía feliz, inquieta y trastornada á la vez.

Era feliz, porque se creía amada sinceramente; feliz por la alegría que brillaba en los ojos de Raimundo, de aquel amante hacia el que se había sentido inclinada desde el primer día, desde la primera mirada cuando la había visto al través de las flores de su ventana en Aubignac.

Pero estaba también inquieta, trastornada, pensando en el paso que iba á dar.

La parecía que sus amigos, que los compradores, que sus vecinos, dispuestos todos á ha-

cerla pequeños favores, conocerían su caída, que perdería su estimación, y que al encontrarla después la volverían la espalda, diciéndose:

—¡Era valiente y honrada, pero no ha durado eso largo tiempo!

¡Honrada!

Lo era: ya no lo sería.

Y sin embargo, ¿qué otro camino podría tomar?

Cerca de las ocho, después de muchísimas vacilaciones, tuvo una inspiración.

Llamó á un mozo de cuerda y le entregó una cartita para la señora Simonet.

En ella la decía:

«Mi querida vecina:

»Me siento indispuesta. Sereis muy amable en venir á relevarme para lo poco que queda del día.

»Os lo agradecerá vuestra amiga,
AURORA.»

La señora Simonet estaba en casa.

Se apresuró á ir.

Encontró á la joven pálida y temblorosa.

—¿Qué teneis?—la preguntó.—No vayais á caer enferma. ¡No faltaría más que eso!

—No, no. Yo espero que esto no será nada. Me ha empezado de pronto un mal estar.

—Marcharos en seguida, no os pongais peor.

Las cuentas estaban arregladas.

El día no había sido peor que los otros.

Decididamente, Aurora había más que doblado la clientela.

Tocaban á más de seis francos de ganancia cada una.

Aurora se abrigó, tomó el paraguas porque seguía lloviendo, y al despedirse de la señora Simonet, la dijo esta:

—Todo el día he andado corriendo de un lado para el otro, para arreglar mis asuntos, y he hablado de vos. Hubiera querido encontraros algo. Me han prometido ocuparse de ello, pero no he encontrado nada cierto. Es increíble el número de jóvenes que buscan colocación... En fin, es preciso esperar... Hasta luego.

Aurora se dirigió deprisa á su casa.

La señora Simonet, al recibir la carta, había introducido la alarma en la comunidad.

Elena, que seguía muy débil, se había levantado, pero no podía andar.

La pobre joven estaba bien trasformada.

Se arrojó al cuello de su amiga y la dijo:

—¡Ya estas enferma tu también!

La vieja Mónica, con la mayor inquietud, esperaba la contestación.

—Esto no será nada—dijo Aurora.—Id á prepararme una tisana cualquiera que sea, con tal que sea buena. De borrajas por ejemplo. Lo encontraréis en casa del herbolario.

Creo que he cogido un enfriamiento.

La dió un franco.

—Id—la dijo.

Y cuando estuvo sola con su amiga.

—Es por alejarla—añadió.—No tengo absolutamente nada. Solo que he querido consultarte.

—¡Ah!—exclamó Elena muy atenta.

Aurora continuó con una decisión que chocó á la señorita de Solmes;

—Comprenderás que no podemos vivir así. ¡Esto es atroz! Mañana no tendremos ni aun este pobre recurso de los periódicos. Desde que fui al kiosko, el primer día trate de hacer conocimientos... He suplicado á todos los que podían interesarse por nosotras, que nos buscaran una colocación cualquiera. Me han hecho promesas... y nada más... Ya no tenemos dinero, ni medio de ganarlo, ni esperanzas de ningun lado... Es preciso sin embargo morir ó vivir... ¿Qué quieres hacer?

—Lo que tu quieras.

—¿No tienes cariño á la vida?

—Sí, por tí.

—¿Pero además por tu hijo?

Elena cerró los ojos.

—No puedo aborrecerle—dijo—por muchas penas que me haya costado... Una madre no aborrece á su hijo.

—Algunas veces... — exclamó Aurora con amargura.

—¿Qué sabes tú de eso? — dijo dulcemente

Elena.—¡Hay fatalidades!

—¿Entonces?...

—Me desesperaria saber que le dejaba solo en el mundo!

—¡Tienes razon! Sin embargo, eso sería una solución.

—¿A qué?

—A la triste vida que llevamos... La más sencilla, tal vez... Pero no hablemos más de eso.

Aurora sin añadir una sola palabra, pasó á su habitación.

Su agitacion no podia escapar á su amiga.

La siguió y vió que se ocupaba de su toilette con actividad febril.

Elegía entre sus vestidos el que tenía más nuevo, el menos usado.

Se abrochó el corsé, se puso la falda y estaba arreglándose el pelo, cuando Elena entró y dejándose caer sobre una silla baja la preguntó

—¿Qué haces?

Aurora contestó:

—¡Ya lo ves!

—¿Te vistest?

—Sin duda.

—¿Tan tarde?

—Para salir.

—¿A donde vas?

—A una cita.

—¿Quién te la ha dado?

—Alguien á quien no conoces.

—¿Hombre ó mujer?

—Un hombre—dijo Aurora.

—¿Con qué objeto?

—Para hablar... Me ofreció una posicion... ¿No te he dicho que era preciso tener esperanzas, que todo puede cambiar para nosotras?

—¿Y es buena esa posicion?—preguntó Elena vacilando.

—Ya lo creo.

—¿De qué clase?

Aurora se abrochó el cuerpo del vestido.

Vivamente, para escapar á las preguntas de su amiga, se echó el abrigo sobre los hombros y se volvió hacia la puerta.

Pero en el momento en que iba á atravesar el dintel la detuvo esta exclamacion:

—¡Aurora!

Se volvió

Elena la decía con un gesto que se acercaba á ella y exclamaba:

—¡Tú no dices la verdad!

—Sí.

—Esa cita no es para tratar de asuntos!

—¡Pues bien! aunque así fuera: ¿qué?

—¡Tú no irás!

—¿Por qué?

—¡Porque es imposible, porque yo no quiero, porque tu misma no querrás!

Aurora replicó con viveza.

—Sin embargo, es preciso que tú vivas; que viva yo, que esa pobre Mónica no se muera de hambre! ¡Y puesto que no hay otro medio.

Y de pronto exclamó:

—¿Después de todo, es culpa mía? ¿No he hecho todo lo que se puede pedir al valor de una mujer? ¿Conoces tú un camino de salvación?... ¿Quieres que te deje enferma, incapaz de sostenerte, á merced de la caridad pública?

—¡Prefiero morir!

—Bueno; ¿y qué sería de tu hijo? ¿Cuando no tuviese ya á nadie para velar por él, cuando estuviese abandonado como yo, más desgraciado, puesto que no tendría dinero, ni asilo, ni protección de ninguna especie? ¿Has pensado esto? ¿Y Mónica? A nosotras puede servirnos, pero, sorda y vieja ¿quién la recogerá? Y yo misma ¿debo echarme al río mañana cuando hayamos agotado los últimos recursos? ¡Pues yo veo que no se puede hacer otra cosa!

Elena cogió las manos de su amiga y la dijo:

—¡Sí, es preciso esperar, esperar todavía! ¡Es imposible que no nos venga un socorro de Dios!

Y con voz enternecida; con los ojos llenos de lágrimas, añadió:

—¡Es ya demasiado que una de nosotras es-

té perdida, deshonrada! Tu no sabes lo que es un remordimiento como el mío, la vergüenza de una caída que pesa sobre toda una existencia y nos obliga á avergonzarnos de nosotras mismas. Mi gran debilidad, mi abatimiento no provienen de mis sufrimientos, de esa enfermedad que me impide ayudarte, unir mis esfuerzos á los tuyos, sino de mi desgracia que me hace cobardé y cuyo recuerdo me mina y me matará. Quédate, no vayas Aurora, hermana mia. Y cuando nuestra última esperanza haya desaparecido entonces veremos... Si, vale más morir...

Se agarraba á la falda de su amiga y no la dejaba separarse de ella.

Aurora quedó un instante pensativa y murmuró por fin:

—Quisiera escucharte, pero no puedo. Lo he prometido.

—¿A quién?

—A un hombre de honor que no me engañará.

—¿A Saint-Aubin?

—No.

—¿No es él quien te espera?

—No.

—¿Quién, pues?

—Otro en quien tengo más confianza.

—¿Y te ofrece también el casarse contigo?

—No.

—¿Qué pues?

—Su amor.

—¿Y tú crees en él?

—Sí...

—¿Conoces tu situación, la nuestra, en una palabra, nuestra miseria?

—Sabe todo.

—Si tiene corazón noble, no abusará de la necesidad que te impulsa al sacrificio.

—¿Y si le amo?

—¿Dices la verdad?

—Sí.

Elena miró fijamente á Aurora.

—¡Tú quieres disminuir á mis ojos la grandeza de tu sacrificio!

Aurora movió la cabeza.

—No—dijo.

—¿Dónde le has conocido?

—En Auvignac.

—¿Es Jorge de Caylus?

—No.

—Entonces, ¿su hermano?

—Sí.

Al oír Aurora nombrar á Jorge de Caylus, se estremeció, sentía como arrepentimiento.

Jorge también la amaba.

Estaba segura de ello.

Con más respeto ciertamente, pero con más pasión tal vez que su hermano.

Si él lo llegaba á saber, ¡qué dolor para él y qué vergüenza para ella!

Esperimentó una verdadera angustia, y tal vez esta fuera la verdadera razón de su repentino cambio y del sentimiento que la producía ya la promesa hecha al marqués.

Elena repuso:

—¿Dices que le amas?

—Sí.

—Pues bien, aun así, debes preferir tu honor á tu amor. ¿Qué puede ser para tí más que un amante cuyo capricho pasará con el

tiempo? Y después, yo te conozco, eres demasiado altiva para vivir de lo que debas á sus liberalidades.

Bajó la voz.

—Sobre todo si son el precio de ese amor pasajero.

La cara de Aurora se oscureció.

—Tienes razón—murmuro—pero, ¿para qué me recuerdas esas cosas que deben de detenerme en el momento en que tengo necesidad de aturdirme?... ¿Piensas que no me las he repetido cien veces?

—Te lo suplico, no salgas; me evitarás y te evitarás á tí misma muchos pesares.

—¿Tú lo quieres?

—Sí.

—¿Qué será de nosotras?

—Lo que Dios quiera.

—Sea. Ve, pues, á descansar. ¿Sufres?

—¡Siempre, pero sobre todo cuando pienso en tí, pobre Aurora!

Volvió á su cuarto apoyada en el brazo de su amiga.

Y cuando estuvo acostada Aurora la dió un beso en la frente, y en el momento en que iba á cerrar la puerta se detuvo y dijo:

—Pero no puedo menos de pensar...

—¿En qué?

—En que me esperará y no tengo medio de prevenirle.

—¿Y qué vas á hacer?

—Tú me has convencido, Elena. ¡Lo que me has dicho lo había yo pensado! Pero quiero obrar lealmente... Debo advertirle... Le diré que no puedo... Que no quiero.

—Eso es peligroso.

—No temas nada.

—¿Volverás?

—Enseguida.

—¿Lo juras?

—Sí.

—¿Por tu madre?

—¡Sí, por la que me abandonó!

Se inclinó sobre la cabeza de la enferma, la besó de nuevo, cerró la puerta y se encontró en su cuarto.

Un gran cambio se había operado en ella.

No; decididamente ella no podía descender al papel de querida que se la proponía. Entre-garse para una mujer que ama será siempre una falta disculpable.

El dinero, que se mezcla á esta debilidad, la hace imposible para un corazón altivo y digno.

Tenía razón Elena.

¡Ella estaba perdida, esto bastaba!

No cedería, pues.

Resistiría á la desgracia que la agobiaba y á la inclinación que la arrastraba hacia el hombre seductor y generoso, llamado Raimundo de Caylus.

Pero él se mostraba tan dulce, tan bueno para con ella, que no quería faltar á su promesa.

El la esperaba.

Hubiera querido poder enviarle una carta, á fin de poderle explicar su ausencia.

Era imposible.

A aquella hora tan avanzada no había nadie que se la pudiera llevar.

Pues bien; iría ella misma para volver en seguida.

Le expondría sus escrúpulos, sus pensamientos más secretos.

El la comprendería.

Le pediría que le ayudase, no con limosnas, que ella no podía recibir, sino con la influencia de que le hablaba en su primera entrevista.

Le rogaría tanto, que él no se negaría.

En un instante se decidió.

Eran cerca de las diez.

Bajó la escalera evitando hacer ruido, y cuando estuvo en la calle, pensó en que llegaría demasiado tarde á la cita.

Entonces, al ver un coche que bajaba por la encrucijada Buei, le llamó.

Montó en él y se hizo conducir á la esquina de la calle Varenne y de la calle Vanneau.

Allí despidió el coche, y de prisa se dirigió hacia la casa que le había sido indicada.

La calle Vanneau estaba completamente desierta. En todo el trayecto no encontró más que á un hombre que con la cara medio oculta por el cuello del gabán se acercó á ella y pareció examinarla dos segundos con atención. Después el desconocido continuó su camino rápidamente hacia el muelle.

Raimundo le había dado todas las indicaciones necesarias.

Pronto llegó ante la tapia del jardín en la que una pequeña puerta debía estar abierta.

No la costó trabajo encontrarla.

Aquella puerta estaba sola, aislada en un ancho muro muy elevado; pero con gran sorpresa de Aurora, cuando la empujó resistió.

Estaba cerrada.

Desde la verja se veían dos construcciones

que databan de fines del siglo pasado y los comienzos de este.

La luz de una lámpara alumbraba la planta baja de la más próxima.

Aurora pensó que se había retrasado y que el marqués se había decidido á marchar.

Pero mirando hacia dentro cuanto la era posible.

Apercibió entre los árboles un vago resplandor que debía provenir del pabellón construido en el fondo del jardín.

Entonces volvió á la puerta accesoría y buscó la campanilla.

No la había.

Iba á retirarse, cuando un objeto que brillaba la llamó la atención.

Era una llavecita níquelada que estaba puesta en la cerradura.

La dió vuelta y se abrió la puerta.

Aurora lanzó un suspiro de satisfacción y entró.

Entonces se encontró en plena oscuridad.

Grandes árboles sin hojas se elevaban sobre praderas perfectamente arregladas.

De allí partían una porción de paseos, y en el fondo del jardín, que era bastante vasto, á unos cincuenta metros de la entrada, una luz, tamizada por unas cortinillas de guipur, indicaba la situación de un hotelito ó villa, que ella apenas distinguía.

Este fué el faro que la sirvió de guía en aquel dédalo.

Tuvo intenciones de retroceder y volver á la calle.

Pero en seguida pensó que Raimundo era bueno, que la quería, estaba segura de ello;

que ella le abriría su corazón, le diría su deseo de permanecer honrada; que le suplicaría que le ayudase á buscar una colocación, por humilde que fuese, y que esto sería la salvación, que ellas no podían encontrar.

La idea del barón de Saint-Aubin se había casi borrado de su imaginación.

A aquel ella no podía amarle y no sería jamás de él.

Ella se lo jmraba.

Entonces, más firme, continuó su camino.

Muy pronto se encontró enfrente del hotel cuya fachada estaba alumbrada por la luz que salía de la planta baja y de algunas ventanas del primer piso.

Era un pabellón del más puro estilo de Luis XVI, á cuyo vestíbulo conducía una escalera de mármol blanco.

La puerta estaba abierta.

Desde el exterior no se distinguía más que el guipur de las vidrieras y las sombras de los cortinones que ocultaban en parte las altas ventanas.

Aquello era muy lujoso.

Esto se adivinaba al primer golpe de vista.

No se oía un ruido.

Aurora se detuvo al poner el pie en el primer escalón.

Se admiraba del silencio casi lúgubre que reinaba.

Después avanzó y penetró en el vestíbulo.

El mismo silencio.

Miró con temor á su alrededor.

Aquello era hermoso.

En el fondo había una escalera sumamente elegante que conducía al primer piso.

Las paredes estaban tapizadas.

Un rayo de luz que llegaba al primer descanso de la escalera, y que provenía de una de las habitaciones del piso principal, la hizo pensar si estaría allí.

Sin embargo, recorrió dos salas de la planta baja, un salón y un *fumoir*.

No encontró á nadie.

En la chimenea ardía un buen fuego de leña.

Lámparas de gas cubiertas con artísticas pantallas, alumbraban el interior de aquellos salones poblados de cuadros, estatuas, retratos, muebles de gran valor y magníficamente alfombrados.

Pero estaban vacíos.

Entonces se apoderó de ella un verdadero miedo.

Aquella soledad y aquel silencio le parecían fúnebres.

Llamó tímidamente primero, y después con más decision:

—¡Raimundo! ¡Señor marqués!

Nadie la contestó.

Principió á temblar y permaneció un momento inmóvil, preguntándose qué iba á hacer.

Pero no quería retroceder.

No quería.

Y de pronto, viendo sobre un velador un candelabro con cinco bujías, las encendió á la llama de la chimenea, y recorrió todas las habitaciones de la planta baja, repitiendo con frecuencia, inquieta y alterada:

—¡Señor marqués!

Por fin se decidió á subir la escalera.

No pensaba ya ni en su honor ni en el lazo que pudieran tenderla.

No tenía más que un pensamiento.

—¿Dónde está? ¿Por qué no viene?

Si en aquel momento se hubiera aparecido Raimundo ante ella, se hubiera arrojado en sus brazos con una exclamación de alegría.

Hubiera olvidado todas las promesas hechas á su amiga y las que acababa de hacerse á sí misma.

No tenía más que una preocupación: él.

Le amaba, temblaba por él. No quería saber más.

Al llegar al descanso del primer piso, des-pavorida, con el corazón palpitante, llorando como si hubiese tenido ya la certeza de una desgracia, murmuró con voz ahogada:

—Raimundo, ¿dónde estáis? Contestadme.

Y de pronto, al entrar en una habitación magnífica, llena de encajes, de *peluche*, de terciopelos, cuyo techo estaba perfectamente decorado y en él se veían amores, mujeres desnudas y colgada del mismo una lámpara, que esparcía una claridad dulce y velada, lanzó un grito desgarrador:

—¡El!

Y posando su candelabro sobre la alfombra, cayó de rodillas.

Allí estaba él, en efecto, tendido, con los ojos cerrados, lívido.

No se le veía herida alguna; se hubiera podido creer que dormía si no hubiera sido por la horrible palidez de su cara y de sus manos.

Aurora le tocó una de ellas, balbuceando:

—¡Raimundo, soy yo! ¡Aquí estoy!

Y de pronto su voz se ahogó en la garganta.

Aquella mano ya no tenía calor.

Tuvo valor para apoyar sus labios en la frente de su amante.

Sí, su amante.

En aquel momento hubiera ella sacrificado con alegría su sangre, su honor, en fin, todo, por devolverle la vida.

Aquel beso, el primero y último que debía darle, la produjo una impresión de espanto.

Raimundo no respiraba ya.

Y confusamente sentía que había muerto por causa de ella, pues era en el momento en que la esperaba.

Sus ojos se agrandaron, llenos de ese terror que altera la razón.

Una larga mancha de sangre se veía bajo la cabeza del joven.

Aurora se inclinó de nuevo, cogió la cabeza entre sus manos y descubrió una herida estrecha que tenía en la sien izquierda, sobre la que estaba recostado.

Buscó con los ojos el arma que había podido abrir aquella herida mortal y no vió nada.

Y sola en aquella casa vacía, sin criados, sin vecinos se preguntó que iba á ser de ella.

Se sentía desfallecer.

—A pesar de sus promesas á su amiga, á pesar de sus deseos de permanecer honrada y pura le había amado.

¡Aquel que había tocado su corazón que había sido el primero que lo había poseído, estaba allí muerto y no podía hacer nada por él!

¿Cómo se había llevado á cabo aquella muerte?

Imposible saberlo.

En la habitación no había ningun desorden,

ningun indicio, ninguna huella que pudiera indicar el paso de un asesino.

Entonces un nuevo temor la asaltó.

¿Si irían á acusarla á ella y prenderla?

Temblando estrechó entre sus manos una de las del muerto, la llevó á sus labios y huyó.

Pero las emociones que acababa de experimentar eran demasiado fuertes.

La naturaleza tan vibrante, quebrantada ya por tantas pruebas, se debilitó en tales términos que cuando llegó á la puerta del vestíbulo sintió que sus piernas vacilaban y que su corazón desfallecía.

Una ola de sangre le subía á la cabeza y la deslumbraba.

Haciendo esfuerzos sobrehumanos pudo atravesar el jardín, deteniéndose á cada paso, apoyándose en el tronco de los árboles para tomar fuerzas.

En la calle, miró á todas partes y buscó socorro, no para ella, sino para aquel que yacía allí, muy cerca, y que, en una especie de alucinación se imaginaba poder salvar todavía.

Pero la calle estaba completamente desierta.

Delante de ella seguía brillando en la planta baja de una de las casas de enfrente un resplandor que había visto á su llegada.

Solo que no se le apercibía más que al través de las hojas de las persianas que acababan de cerrar.

Alguien velaba en aquella sala.

Aurora hizo un esfuerzo, atravesó la calle y llamó á una de aquellas persianas, despacio primero, y después con más fuerza.

Hubo un momento de silencio.

Después sintió pasos en la habitación y una

especie de rugido que expresaba la contrariedad del habitante molestado á semejante hora. Se aproximaron los pasos y se abrió la ventana.

Un hombre de una edad incierta, de facciones enérgicas, de cabellos grises, muy cortos, de bigote largo y fuerte, con la roseta encarnada de la Legion de Honor en el ojal de su americana azul, se mostró y dijo con tono bastante duro :

—¿Qué queréis?

Aurora contestó con voz jadeante:

—¡Caballero, socorro!

—¿Para quién?

Aurora extendió los brazos hacia el jardín, y dijo:

—Para un hombre que acaban de matar...

—¿Cómo lo sabéis?

—¡Yo le he visto!

—¿Dónde?

—En su casa...

—¿Quién es?

—El marqués de Caylus.

El desconocido preguntó con desconfianza:

—¿Estabais allí en el momento del asesinato?

—No... El me estaba esperando... No perdáis tiempo, os lo suplico.

—¡Un instante!

El general Fugeret atravesó la sala, y en el fondo abrió una puertecita.

En aquella habitación estaba acostado un hombre que dormía profundamente.

El general le sacudió el brazo diciendo:

—¡José María!

El hombre despertó sobresaltado.

—¡Mi general!—dijo.

—En pie.

El bretón se echó de la cama, se puso de prisa un pantalón y una chaqueta, y siguió á su jefe.

Y entonces el amo y el criado salieron á la calle.

Aurora tuvo fuerza para ir hasta el vestíbulo del pabellón; pero allí, indicando con la mano la habitación del primer piso, dijo:

—¡Allí es!

Y en seguida cayó sobre un banco desfallecida y á punto de desmayarse.

—Quédate al lado de esa mujer—ordenó el general.—Yo voy á ver. No será nada, sin duda... la emoción.

Y se dirigió hacia la escalera.

V

Coartada.

El marqués de Caylus estaba muerto, bien muerto.

Hubiera sido preciso un milagro para resucitarle.

Aquello había pasado de una manera muy sencilla.

El hombre envuelto en el abrigo con el cuello levantado, á quien Aurora había encontrado, más bien que visto en la calle Vaneau en el momento en que acudía á su cita, era el autor de aquel asesinato casi silencioso.

Aquel hombre era el barón Máximo de Saint-Aubin.